

21
mayo

Domingo VI de Pascua
(Ciclo A) - 2017



Texto Litúrgico



Directorio
Homilético



Exégesis



Comentario
Teológico



Santos Padres



Aplicación



Ejemplos



Información

Textos Litúrgicos

- Lecturas de la Santa Misa
- Guión para la Santa Misa

Domingo VI de Pascua (A)

(Domingo 21 de mayo de 2017)

LECTURAS

Cuando la Ascensión del Señor se celebra el domingo siguiente, en este domingo VI de Pascua pueden leerse la segunda lectura y el Evangelio asignados al séptimo domingo.

*Les impusieron las manos
y recibieron el Espíritu Santo*

Lectura de los Hechos de los Apóstoles 8, 5-8. 14-17

En aquellos días:

Felipe descendió a una ciudad de Samaría y allí predicaba a Cristo. Al oírlo y al ver los milagros que hacía, todos recibían unánimemente las palabras de Felipe. Porque los espíritus impuros, dando grandes gritos, salían de muchos que estaban poseídos,

y buen número de paralíticos y lisiados quedaron curados. Y fue grande la alegría de aquella ciudad.

Cuando los Apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que los samaritanos habían recibido la Palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Estos, al llegar, oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo. Porque todavía no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente estaban bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 65, 1-3a. 4-7a. 16. 20

R. *¡Aclame al Señor toda la tierra!*

O bien:

Aleluia.

¡Aclame al Señor toda la tierra!

¡Canten la gloria de su Nombre!

Tribútenle una alabanza gloriosa,

digán al Señor: «¡Qué admirables son tus obras!» R.

Toda la tierra se postra ante ti,

y canta en tu honor, en honor de tu Nombre.

Vengan a ver las obras del Señor,

las cosas admirables que hizo por los hombres. R.

El convirtió el Mar en tierra firme,

a pie atravesaron el Río.

Por eso, alegrémonos en él,
que gobierna eternamente con su fuerza. R.

Los que temen al Señor, vengan a escuchar,
yo les contaré lo que hizo por mí:
Bendito sea Dios,
que no rechazó mi oración
ni apartó de mí su misericordia. R.

*Entregado a la muerte en su carne,
fue vivificado en el Espíritu*

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro 3, 15-18

Queridos hermanos:

Glorifiquen en sus corazones a Cristo, el Señor. Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen. Pero háganlo con suavidad y respeto, y con tranquilidad de conciencia. Así se avergonzarán de sus calumnias todos aquellos que los difaman, porque ustedes se comportan como servidores de Cristo. Es preferible sufrir haciendo el bien, si esta es la voluntad de Dios, que haciendo el mal.

Cristo murió una vez por nuestros pecados -siendo justo, padeció por los injustos- para llevarnos a Dios. Entregado a la muerte en su carne, fue vivificado en el Espíritu.

Palabra de Dios.

ALELUIA Jn 14, 23

Aleluia.

*Dice el Señor: El que me ama será fiel a mi palabra,
y mi Padre lo amará e iremos a él.*

Aleluia.

EVANGELIO

*Yo rogaré al Padre,
y Él les dará otro Paráclito*

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 14, 15-21

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos:

«Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Ustedes, en cambio, lo conocen, porque él permanece con ustedes y estará en ustedes.

No los dejaré huérfanos, volveré a ustedes. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero ustedes sí me verán, porque yo vivo y también ustedes vivirán. Aquel día comprenderán que yo estoy en mi Padre, y que ustedes están en mí y yo en ustedes.

El que recibe mis mandamientos y los cumple, ese es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él.»

Palabra del Señor.

[Volver Textos Litúrgicos](#)

GUIÓN PARA LA MISA

Guión VI Domingo de Pascua- Ciclo A- 21 de Mayo 2017

Entrada:

Celebramos hoy el sexto domingo de Pascua. Ya nos acercamos a los dos grandes acontecimientos con que la Pascua culmina: la Ascensión y Pentecostés. El mejor modo de prepararnos a esos grandes acontecimientos es participando dignamente de

este Santo Sacrificio de la Misa.

Liturgia de la Palabra

1° Lectura: Hechos 8, 5- 8. 14- 17

Los samaritanos reciben la predicación de los apóstoles con entera docilidad, por eso reciben al Espíritu Santo por la imposición de las manos.

Salmo Responsorial: 65

2° Lectura: 1 Pedro 3, 15- 18 o bien 4, 13- 16

El cristiano tiene que dar razón de la esperanza de la que goza, y así confesar el Nombre de Cristo, aún en medio de la persecución.

Evangelio: Juan 14, 15- 21 o bien 17, 1- 11a

Cristo promete al Espíritu Santo, que es el Paráclito, que significa Consolador. Él vendrá a nosotros si nosotros cumplimos los mandamientos, al igual que el Padre y el Hijo.

Preces: VI pascua

Hermanos, confiando en las cosas admirables que hace el Señor por los hombres nos animamos a decirle:

A cada intención respondamos cantando:

+ Por las intenciones del Santo Padre, especialmente por sus proyectos apostólicos; y que los cristianos de todo el mundo se abran a su mensaje evangélico y vivan con coherencia la fe recibida. Oremos.

+ Para que todos los cristianos sean cada vez más conscientes de la obra del Espíritu Santo en las almas y en la historia y sean dóciles al plan divino para su propia salvación. Oremos.

+ Por los que se preparan a recibir el sacramento de la confirmación y por todos

nosotros ya confirmados para que vivamos nuestra vocación cristiana como auténticos testigos de Cristo resucitado. Oremos.

+ Por todos aquellos que están sumergidos en el sufrimiento, los que están solos y abandonados, los que sufren de depresión, para que el Espíritu Paráclito les lleve la consolación. Oremos.

+ Por nuestros seres queridos difuntos, para que el Señor los admita a vivir eternamente en su Presencia. Oremos.

Anhelando la presencia del Espíritu consolador, te pedimos Señor que nos asistas con tu poder en nuestras necesidades. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Liturgia Eucarística

Ofertorio:

Lo que nosotros entregamos a Dios son sus mismos dones. Le ofrecemos nuestra capacidad de comprender, de amar y de unirnos a su Sacrificio. Presentamos:

* **Incienso** y nuestra oración por los más necesitados de la Misericordia de Dios.

* **Pan** y **vino**, sustancias que han de convertirse, mediante las palabras consagradorias, en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Comunión:

El Corazón de Jesús se nos entrega en el Santo Sacramento para encender nuestros corazones en el fuego de su amor.

Salida:

Vayamos a nuestros ambientes habituales, a nuestro hogar y a nuestro trabajo, con la firme decisión de predicar el evangelio a todo aquel que tiene hambre y sed del sentido de la vida.

*(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _
Argentina)*

Inicio

Directorio Homilético

Sexto domingo de Pascua

CEC 2746-2751: la oración de Jesús en la Última Cena

CEC 243, 388, 692, 729, 1433, 1848: el Espíritu Santo, consolador/defensor

CEC 1083, 2670-2672: invocar al Espíritu Santo

LA ORACION DE LA HORA DE JESUS

2746 Cuando ha llegado su hora, Jesús ora al Padre (cf Jn 17). Su oración, la más larga transmitida por el Evangelio, abarca toda la Economía de la creación y de la salvación, así como su Muerte y su Resurrección. Al igual que la Pascua de Jesús, sucedida "una vez por todas", permanece siempre actual, de la misma manera la oración de la "hora de Jesús" sigue presente en la Liturgia de la Iglesia.

2747 La tradición cristiana acertadamente la denomina la oración "sacerdotal" de Jesús. Es la oración de nuestro Sumo Sacerdote, inseparable de su sacrificio, de su "paso" hacia el Padre donde él es "consagrado" enteramente al Padre (cf Jn 17, 11. 13. 19).

2748 En esta oración pascual, sacrificial, todo está "recapitulado" en El (cf Ef 1, 10): Dios y el mundo, el Verbo y la carne, la vida eterna y el tiempo, el amor que se entrega y el pecado que lo traiciona, los discípulos presentes y los que creerán en El por su palabra, la humillación y la Gloria. Es la oración de la unidad.

2749 Jesús ha cumplido toda la obra del Padre, y su oración, al igual que su sacrificio, se extiende hasta la consumación de los siglos. La oración de la "hora de Jesús" llena los últimos tiempos y los lleva hacia su consumación. Jesús, el Hijo a quien el Padre ha dado todo, se entrega enteramente al Padre y, al mismo tiempo, se expresa con una libertad soberana (cf Jn 17, 11. 13. 19. 24) debido al poder que el Padre le ha dado sobre toda carne. El Hijo que se ha hecho Siervo, es el Señor, el Pantocrator. Nuestro Sumo Sacerdote que ruega por nosotros es también el que ora en nosotros y el Dios que nos escucha.

2750 Si en el Santo Nombre de Jesús, nos ponemos a orar, podemos recibir en toda su hondura la oración que él nos enseña: "Padre Nuestro". La oración sacerdotal de Jesús inspira, desde dentro, las grandes peticiones del Padrenuestro: la preocupación por el Nombre del Padre (cf Jn 17, 6. 11. 12. 26), el deseo de su Reino (la Gloria; cf Jn 17, 1. 5. 10. 24. 23-26), el cumplimiento de la voluntad del Padre, de su Designio de salvación (cf Jn 17, 2. 4 .6. 9. 11. 12. 24) y la liberación del mal (cf Jn 17, 15).

2751 Por último, en esta oración Jesús nos revela y nos da el "conocimiento" indisociable del Padre y del Hijo (cf Jn 17, 3. 6-10. 25) que es el misterio mismo de la vida de oración

El Padre y el Hijo revelados por el Espíritu

228 Antes de su Pascua, Jesús anuncia el envío de "otro Paráclito" (Defensor), el Espíritu Santo. Este, que actuó ya en la Creación (cf. Gn 1,2) y "por los profetas" (Credo de Nicea-Constantinopla), estará ahora junto a los discípulos y en ellos (cf. Jn 14,17), para enseñarles (cf. Jn 14,16) y conducirlos "hasta la verdad completa" (Jn 16,13). El Espíritu Santo es revelado así como otra persona divina con relación a Jesús y al Padre.

388 Con el desarrollo de la Revelación se va iluminando también la realidad del pecado. Aunque el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento conoció de alguna manera la condición humana a la luz de la historia de la caída narrada en el Génesis, no podía

alcanzar el significado último de esta historia que sólo se manifiesta a la luz de la Muerte y de la Resurrección de Jesucristo (cf. Rm 5,12-21). Es preciso conocer a Cristo como fuente de la gracia para conocer a Adán como fuente del pecado. El Espíritu-Paráclito, enviado por Cristo resucitado, es quien vino "a convencer al mundo en lo referente al pecado" (Jn 16,8) revelando al que es su Redentor.

Los apelativos del Espíritu Santo

692 Jesús, cuando anuncia y promete la Venida del Espíritu Santo, le llama el "Paráclito", literalmente "aquél que es llamado junto a uno", "advocatus" (Jn 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7). "Paráclito" se traduce habitualmente por "Consolador", siendo Jesús el primer consolador (cf. 1 Jn 2, 1). El mismo Señor llama al Espíritu Santo "Espíritu de Verdad" (Jn 16, 13).

729 Solamente cuando ha llegado la Hora en que va a ser glorificado Jesús promete la venida del Espíritu Santo, ya que su Muerte y su Resurrección serán el cumplimiento de la Promesa hecha a los Padres (cf. Jn 14, 16-17. 26; 15, 26; 16, 7-15; 17, 26): El Espíritu de Verdad, el otro Paráclito, será dado por el Padre en virtud de la oración de Jesús; será enviado por el Padre en nombre de Jesús; Jesús lo enviará de junto al Padre porque él ha salido del Padre. El Espíritu Santo vendrá, nosotros lo conoceremos, estará con nosotros para siempre, permanecerá con nosotros; nos lo enseñará todo y nos recordará todo lo que Cristo nos ha dicho y dará testimonio de él; nos conducirá a la verdad completa y glorificará a Cristo. En cuanto al mundo lo acusará en materia de pecado, de justicia y de juicio.

1433 Después de Pascua, el Espíritu Santo "conviene al mundo en lo referente al pecado" (Jn 16, 8-9), a saber, que el mundo no ha creído en el que el Padre ha enviado. Pero este mismo Espíritu, que desvela el pecado, es el Consolador (cf Jn 15,26) que da al corazón del hombre la gracia del arrepentimiento y de la conversión (cf Hch 2,36-38; Juan Pablo II, DeV 27-48).

1848 Como afirma S. Pablo, "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rm 5,20). Pero para hacer su obra, la gracia debe descubrir el pecado para convertir nuestro corazón y conferirnos "la justicia para vida eterna por Jesucristo nuestro Señor" (Rm 5,20-21). Como un médico que descubre la herida antes de curarla, Dios, mediante su palabra y su espíritu, proyecta una luz viva sobre el pecado:

La conversión exige la convicción del pecado, y éste, siendo una verificación de la acción del Espíritu de la verdad en la intimidad del hombre, llega a ser al mismo tiempo el nuevo comienzo de la dádiva de la gracia y del amor: "Recibid el Espíritu Santo". Así, pues, en este "convencer en lo referente al pecado" descubrimos una "doble dádiva": el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención. El Espíritu de la verdad es el Paráclito (DeV 31).

1083 Se comprende, por tanto, que en cuanto respuesta de fe y de amor a las "bendiciones espirituales" con que el Padre nos enriquece, la liturgia cristiana tiene una doble dimensión. Por una parte, la Iglesia, unida a su Señor y "bajo la acción el Espíritu Santo" (Lc 10,21), bendice al Padre "por su Don inefable" (2 Co 9,15) mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias. Por otra parte, y hasta la consumación del designio de Dios, la Iglesia no cesa de presentar al Padre "la ofrenda de sus propios dones" y de implorar que el Espíritu Santo venga sobre esta ofrenda, sobre ella misma, sobre los fieles y sobre el mundo entero, a fin de que por la comunión en la muerte y en la resurrección de Cristo-Sacerdote y por el poder del Espíritu estas bendiciones divinas den frutos de vida "para alabanza de la gloria de su gracia" (Ef 1,6).

“Ven, Espíritu Santo”

2670 "Nadie puede decir: '¡Jesús es Señor!' sino por influjo del Espíritu Santo" (1 Co 12, 3). Cada vez que en la oración nos dirigimos a Jesús, es el Espíritu Santo quien, con su gracia preveniente, nos atrae al Camino de la oración. Puesto que él nos enseña a orar recordándonos a Cristo, ¿cómo no dirigirnos también a él orando? Por

eso, la Iglesia nos invita a implorar todos los días al Espíritu Santo, especialmente al comenzar y al terminar cualquier acción importante.

Si el Espíritu no debe ser adorado, ¿cómo me diviniza él por el bautismo? Y si debe ser adorado, ¿no debe ser objeto de un culto particular? (San Gregorio Nacianceno, or. theol. 5, 28).

2671 La forma tradicional para pedir el Espíritu es invocar al Padre por medio de Cristo nuestro Señor para que nos dé el Espíritu Consolador (cf Lc 11, 13). Jesús insiste en esta petición en su Nombre en el momento mismo en que promete el don del Espíritu de Verdad (cf Jn 14, 17; 15, 26; 16, 13). Pero la oración más sencilla y la más directa es también la más tradicional: "Ven, Espíritu Santo", y cada tradición litúrgica la ha desarrollado en antífonas e himnos:

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor (cf secuencia de Pentecostés).

Rey celeste, Espíritu Consolador, Espíritu de Verdad, que estás presente en todas partes y lo llenas todo, tesoro de todo bien y fuente de la vida, ven, habita en nosotros, purifícanos y sálvanos. ¡Tú que eres bueno! (Liturgia bizantina. Tropario de vísperas de Pentecostés).

2672 El Espíritu Santo, cuya unción impregna todo nuestro ser, es el Maestro interior de la oración cristiana. Es el artífice de la tradición viva de la oración. Ciertamente hay tantos caminos en la oración como orantes, pero es el mismo Espíritu el que actúa en todos y con todos. En la comunión en el Espíritu Santo la oración cristiana es oración en la Iglesia.

Volver Direc. Homil.

Inicio

Exégesis

P. José María Solé - Roma, C.F.M.

HECHOS 8, 5-8. 14-17:

Es una página hermosa de la expansión del Evangelio más allá de Jerusalén y de Judea:

— Y precisamente la persecución en la que ha perdido la vida Esteban servirá de ocasión providencial para que los mensajeros del Evangelio lleven la luz de la fe a nuevas zonas. Les había dicho el Maestro: «Os entregarán a los tribunales, os azotarán en las Sinagogas. Cuando os persigan en una ciudad huid a otra» (Mt 10, 17. 23).

— Fieles a esta norma del Maestro, los perseguidos en Jerusalén «se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria; e iban de un lugar a otro predicando la Palabra» (v 4). El diácono Felipe, el más cercano a Esteban (Act 6, 5) en ideología y en espíritu, huyendo de la persecución de Jerusalén se encamina a Samaria. Con su predicación y los milagros que la acompañan gana a los samaritanos a la fe en Jesús-Mesías (5-8). No será ésta la única vez en la historia de la Iglesia en que un plan de persecución y exterminio proyectado por los hombres queda trocado por la Providencia de Dios en plan de gracia y salvación. El Mensaje del Evangelio toma otros caminos. Los mensajeros se desinstalan porque el ímpetu del Espíritu los impele a nuevas conquistas.

— Aquella vez la persecución no iba directamente contra los Apóstoles (8, 1). Estos, más respetuosos con la Ley Mosaica y las Tradiciones que los helenistas, no son molestados en aquel motín que costó la vida a Esteban. Pedro, en su calidad de Pastor supremo, gobierna e inspecciona los nuevos núcleos o comunidades cristianas que van surgiendo. Concedor de los éxitos del diácono Filipo en Samaria, se dirige con Juan a la nueva Comunidad para administrar a los neófitos la Confirmación (16), completar la organización y desarrollo de la nueva Comunidad cristiana.

1 PEDRO 3, 15-18:

San Pedro adoctrina a los neófitos y les da normas de conducta para con los perseguidores.

— Bien que la persecución nace de la malicia o de la ignorancia de los perseguidores; mediante ella Dios realiza sus planes salvíficos (17) y trueca en bien lo que los hombres planean para mal. En la persecución se acrisola el cristianismo y brilla con destellos más fúlgidos la fe.

— Cuanto al comportamiento que el cristiano debe tener frente a los enemigos y perseguidores, San Pedro nos proporciona este magnífico programa:

a) Fe consciente, luminosa y radiante: «Siempre dispuestos a dar respuesta a quien os pregunte acerca de la esperanza que profesáis» (15). El cristiano no tiene otras armas que la verdad. Él la expone a vista de todos con hidalguía. Sin orgullo y sin complejos. El mensaje, del Evangelio presentado con nitidez desarma a quienes por ignorancia o prejuicios persiguen a los cristianos. b) A la vez deben proceder con «suavidad y respeto (16a). La verdad se expone, no se impone. El buen cristiano, teólogo, apologista, misionero, testigo, mártir, a los no cristianos y aun a los que ni aceptan el Evangelio ni respetan a los fieles, él debe siempre amarlos y respetarlos. c) Conducta intachable: «Proceded siempre con buena conciencia» (16 b). Tal debe ser la luz de nuestra vida cristiana, que ella por sí sola disipe la niebla de todas las calumnias. Si nos atenemos a este programa seguro que la persecución no será dañosa a los fieles. La primera persecución, la que causó la muerte de Esteban, produjo al poco como fruto la conversión de Saulo, sin duda el más fiero de cuantos se oponían al Protomártir. El Concilio nos recuerda: «Más aún, la Iglesia confiesa que le han sido de mucho provecho y le pueden ser todavía de provecho la oposición y aun la persecución de sus contrarios (G. S. 44). La Iglesia sabe por fe y por experiencia de siglos: Etiam plures efficimur quoties metimur a vobis; semen est sanguis christianorum. (Ter Apolog 5, 103.)

— Notemos también en la pericopa que hoy leemos dos testimonios que nos da Pedro de la divinidad de Cristo: a) Aplica a Cristo-Jesús lo que Isaías (8, 12) dice de Yahvé (15). b) Distingue en Jesús la doble naturaleza: la mortal de su carne y la Divina de su Espíritu (18).

JUAN 14, 15-21:

En el Discurso de despedida Jesús hace a sus discípulos preciosas promesas:

— Promesa de enviarnos el Espíritu Santo: Reitera Jesús esta promesa y denomina

con varios títulos al divino Espíritu que el Padre nos dará y que morará siempre en nosotros (16). Es el Espíritu Paráclito: Consolador-Abogado-Defensor. Es el Espíritu de la Verdad (17). Es el Espíritu Santo (26). En el corazón de la Iglesia de Cristo y en el corazón de cada uno de sus fieles mora este divino Espíritu que es luz y verdad, gozo y vigor, santidad y vida inmaculada. Al impulso de este Espíritu la Iglesia y los fieles buscan y alcanzan metas de santidad y de expansión ilimitadas: Quia Dominus Jesus, peccati triumphater et mortis, ascendit summa coelorum, Mediator Dei et hominum. (Praef.) El Resucitado asiste y está presente a su Iglesia. La victoria del Resucitado garantiza la fe de la Iglesia.

— Promesa de la presencia de Cristo: A la presencia sensible sigue una presencia espiritual y mística, más rica aún que la sensible: «No os dejaré huérfanos; vuelvo a vosotros» (18). Jesús vive glorificado. Y por la fe, el amor y, sobre todo por la Eucaristía, vive en nosotros. Este círculo de amor, de gozo y de vida nunca se interrumpirá: «Yo en el Padre—Vosotros en Mí—Yo en vosotros» (20).

— Promesa del amor del Padre: «El que me ama será amado por mi Padre» (21). El amor del Padre nos llega por Cristo. Un amor tan sincero, seguro y cálido que el Padre hace de nuestras almas su cielo, su más gozosa morada (23).

SOLÉ ROMA, J. M., Ministros de la Palabra. Ciclo A, Herder, Barcelona, 1979, pp. 125-128

[Volver Exégesis](#)

[Inicio](#)

Comentario Teológico

· San Juan Pablo II

1. Promesa y revelación de Jesús durante la Cena pascual

3. Cuando ya era inminente para Jesús el momento de dejar este mundo, anunció a los apóstoles « otro Paráclito » (Jn.14,16).¹⁶ El evangelista Juan, que estaba presente, escribe que Jesús, durante la Cena pascual anterior al día de su pasión y muerte, se dirigió a ellos con estas palabras: « Todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo... y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad » (Jn.14,13.16ss).¹⁷

Precisamente a este Espíritu de la verdad Jesús lo llama el Paráclito, y Parákletos quiere decir « consolador », y también « intercesor » o « abogado ». Y dice que es « otro » Paráclito, el segundo, porque él mismo, Jesús, es el primer Paráclito, ¹⁸ al ser el primero que trae y da la Buena Nueva. El Espíritu Santo viene después de él y gracias a él, para continuar en el mundo, por medio de la Iglesia, la obra de la Buena Nueva de salvación. De esta continuación de su obra por parte del Espíritu Santo Jesús habla más de una vez durante el mismo discurso de despedida, preparando a los apóstoles, reunidos en el Cenáculo, para su partida, es decir, su pasión y muerte en Cruz.

Las palabras, a las que aquí nos referimos, se encuentran en el Evangelio de Juan. Cada una de ellas añade algún contenido nuevo a aquel anuncio y a aquella promesa. Al mismo tiempo, están simultáneamente relacionadas entre sí no sólo por la perspectiva de los mismos acontecimientos, sino también por la perspectiva del misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que quizás en ningún otro pasaje de la Sagrada Escritura encuentran una expresión tan relevante como ésta.

4. Poco después del citado anuncio, añade Jesús: « Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo he dicho » (Jn.14,26).¹⁹ El Espíritu Santo será el Consolador de los apóstoles y de la Iglesia, siempre presente en medio de ellos—aunque invisible—como maestro de la misma Buena Nueva que Cristo anunció. Las palabras « enseñará » y « recordará » significan no sólo que el Espíritu, a su manera, seguirá inspirando la predicación del Evangelio de salvación, sino que también ayudará a comprender el justo significado del contenido del mensaje de Cristo, asegurando su continuidad e identidad de comprensión en medio de las condiciones y circunstancias mudables. El Espíritu Santo, pues, hará que en la Iglesia perdure siempre la misma verdad que los

apóstoles oyeron de su Maestro.

5. Los apóstoles, al transmitir la Buena Nueva, se unirán particularmente al Espíritu Santo. Así sigue hablando Jesús: « Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio » (Jn.15,26).²⁰

Los apóstoles fueron testigos directos y oculares. « Oyeron » y « vieron con sus propios ojos », « miraron » e incluso « tocaron con sus propias manos » a Cristo, como se expresa en otro pasaje el mismo evangelista Juan (1Jn.1,1-3; 4,14).²¹ Este testimonio suyo humano, ocular e « histórico » sobre Cristo se une al testimonio del Espíritu Santo: « El dará testimonio de mí ». En el testimonio del Espíritu de la verdad encontrará el supremo apoyo el testimonio humano de los apóstoles. Y luego encontrará también en ellos el fundamento interior de su continuidad entre las generaciones de los discípulos y de los confesores de Cristo, que se sucederán en los siglos posteriores.

Si la revelación suprema y más completa de Dios a la humanidad es Jesucristo mismo, el testimonio del Espíritu de la verdad inspira, garantiza y corrobora su fiel transmisión en la predicación y en los escritos apostólicos, ²² mientras que el testimonio de los apóstoles asegura su expresión humana en la Iglesia y en la historia de la humanidad.

6. Esto se deduce también de la profunda correlación de contenido y de intención con el anuncio y la promesa mencionada, que se encuentra en las palabras sucesivas del texto de Juan: « Mucho podría deciros aún, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir » (Jn.16,12ss).²³

Con estas palabras Jesús presenta el Paráclito, el Espíritu de la verdad, como el que « enseñará » y « recordará », como el que « dará testimonio » de él; luego dice: « Os guiará hasta la verdad completa ». Este « guiar hasta la verdad completa », con referencia a lo que dice a los apóstoles « pero ahora no podéis con ello », está necesariamente relacionado con el anonadamiento de Cristo por medio de la pasión y

muerte de Cruz, que entonces, cuando pronunciaba estas palabras, era inminente.

Después, sin embargo, resulta claro que aquel « guiar hasta la verdad completa » se refiere también, además del escándalo de la cruz, a todo lo que Cristo « hizo y enseñó ».24 En efecto, el misterio de Cristo en su globalidad exige la fe ya que ésta introduce oportunamente al hombre en la realidad del misterio revelado. El « guiar hasta la verdad completa » se realiza, pues en la fe y mediante la fe, lo cual es obra del Espíritu de la verdad y fruto de su acción en el hombre. El Espíritu Santo debe ser en esto la guía suprema del hombre y la luz del espíritu humano. Esto sirve para los apóstoles, testigos oculares, que deben llevar ya a todos los hombres el anuncio de lo que Cristo « hizo y enseñó » y, especialmente, el anuncio de su Cruz y de su Resurrección. En una perspectiva más amplia esto sirve también para todas las generaciones de discípulos y confesores del Maestro, ya que deberán aceptar con fe y confesar con lealtad el misterio de Dios operante en la historia del hombre, el misterio revelado que explica el sentido definitivo de esa misma historia.

7. Entre el Espíritu Santo y Cristo subsiste, pues, en la economía de la salvación una relación íntima por la cual el Espíritu actúa en la historia del hombre como « otro Paráclito », asegurando de modo permanente la trasmisión y la irradiación de la Buena Nueva revelada por Jesús de Nazaret. Por esto, resplandece la gloria de Cristo en el Espíritu Santo-Paráclito, que en el misterio y en la actividad de la Iglesia continúa incesantemente la presencia histórica del Redentor sobre la tierra y su obra salvífica, como lo atestiguan las siguientes palabras de Juan: « El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros » (Jn.16,14).25 Con estas palabras se confirma una vez más todo lo que han dicho los enunciados anteriores. « Enseñará ..., recordará ..., dará testimonio ». La suprema y completa autorrevelación de Dios, que se ha realizado en Cristo, atestiguada por la predicación de los Apóstoles, sigue manifestándose en la Iglesia mediante la misión del Paráclito invisible, el Espíritu de la verdad. Cuán íntimamente esta misión esté relacionada con la misión de Cristo y cuán plenamente se fundamente en ella misma, consolidando y desarrollando en la historia sus frutos salvíficos, está expresado con el verbo « recibir »: « recibirá de lo mío y os lo comunicará ». Jesús para explicar la palabra « recibirá », poniendo en clara evidencia la unidad divina y trinitaria de la fuente, añade: « Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho: Recibirá de lo mío y os lo

comunicará a vosotros » (Jn.16,15).²⁶ Tomando de lo « mío », por eso mismo recibirá de « lo que es del Padre ».

A la luz pues de aquel « recibirá » se pueden explicar todavía las otras palabras significativas sobre el Espíritu Santo, pronunciadas por Jesús en el Cenáculo antes de la Pascua: « Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré; y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio ».²⁷ Convendrá dedicar todavía a estas palabras una reflexión aparte.

2. Padre, Hijo y Espíritu Santo

8. Una característica del texto joánico es que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son llamados claramente Personas; la primera es distinta de la segunda y de la tercera, y éstas también lo son entre sí. Jesús habla del Espíritu Paráclito usando varias veces el pronombre personal « él »; y al mismo tiempo, en todo el discurso de despedida, descubre los lazos que unen recíprocamente al Padre, al Hijo y al Paráclito. Por tanto, « el Espíritu ... procede del Padre »²⁸ y el Padre « dará » el Espíritu.²⁹ El Padre « enviará » el Espíritu en nombre del Hijo,³⁰ el Espíritu « dará testimonio » del Hijo.³¹ El Hijo pide al Padre que envíe el Espíritu Paráclito,³² pero afirma y promete, además, en relación con su « partida » a través de la Cruz: « Si me voy, os lo enviaré ».³³ Así pues, el Padre envía el Espíritu Santo con el poder de su paternidad, igual que ha enviado al Hijo,³⁴ y al mismo tiempo lo envía con la fuerza de la redención realizada por Cristo; en este sentido el Espíritu Santo es enviado también por el Hijo: « os lo enviaré ».

Conviene notar aquí que si todas las demás promesas hechas en el Cenáculo anunciaban la venida del Espíritu Santo después de la partida de Cristo, la contenida en el texto de Juan comprende y subraya claramente también la relación de interdependencia, que se podría llamar causal, entre la manifestación de ambos: « Pero si me voy, os le enviaré ». El Espíritu Santo vendrá cuando Cristo se haya ido por medio de la Cruz; vendrá no sólo después, sino como causa de la redención realizada por Cristo, por voluntad y obra del Padre.

9. Así, en el discurso pascual de despedida se llega —puede decirse— al culmen de

la revelación trinitaria. Al mismo tiempo, nos encontramos ante unos acontecimientos definitivos y unas palabras supremas, que al final se traducirán en el gran mandato misional dirigido a los apóstoles y, por medio de ellos, a la Iglesia: « Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes », mandato que encierra, en cierto modo, la fórmula trinitaria del bautismo: « bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo ».³⁵ Esta fórmula refleja el misterio íntimo de Dios y de su vida divina, que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, divina unidad de la Trinidad. Se puede leer este discurso como una preparación especial a esta fórmula trinitaria, en la que se expresa la fuerza vivificadora del Sacramento que obra la participación en la vida de Dios uno y trino, porque da al hombre la gracia santificante como don sobrenatural. Por medio de ella éste es llamado y hecho « capaz » de participar en la inescrutable vida de Dios.

10. Dios, en su vida íntima, « es amor »,³⁶ amor esencial, común a las tres Personas divinas. EL Espíritu Santo es amor personal como Espíritu del Padre y del Hijo. Por esto « sondea hasta las profundidades de Dios »,³⁷ como Amor-don increado. Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las Personas divinas, y que por el Espíritu Santo Dios « existe » como don. El Espíritu Santo es pues la expresión personal de esta donación, de este ser-amor.³⁸ Es Persona-amor. Es Persona-don. Tenemos aquí una riqueza insondable de la realidad y una profundización inefable del concepto de persona en Dios, que solamente conocemos por la Revelación.

Al mismo tiempo, el Espíritu Santo, consustancial al Padre y al Hijo en la divinidad, es amor y don (increado) del que deriva como de una fuente (fons vivus) toda dádiva a las criaturas (don creado): la donación de la existencia a todas las cosas mediante la creación; la donación de la gracia a los hombres mediante toda la economía de la salvación. Como escribe el apóstol Pablo: « El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado » (Rm.5,5).

16 Allon parakleton: Jn 14, 16.

17 Jn 14, 13. 16 s.

18 Cf. 1 Jn 2, 1.

19 Jn 14, 26.

20 Jn 15, 26 s.

21 Cf. 1 Jn 1, 1-3; 4,14.

22 « La revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece ha sido puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo », por lo tanto la misma sagrada Escritura « se ha de leer con el mismo Espíritu con que fue escrita »: Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Dei Verbum, sobre la divina revelación, 11. 12.

23 Jn 16, 12 s.

24 Act 1, 1.

25 Jn 16,14.

26 Jn 16, 15.

27 Jn 16, 7s.

28 Jn 15, 26.

29 Jn 14, 16.

30 Jn 14, 26.

31 Jn 15, 26

32 Jn 14, 16.

33 Jn 16, 7.

34 Cf. Jn 3, 16 s., 34; 6, 57; 17, 3. 18. 23.

35 Mt 28, 19.

36 Cf. 1 Jn 4, 8. 16.

37 1 Cor 2, 10.

38 Cf. S. Tomás De Aquino, Summa Theol. Ia, qq. 37-38.

39 Rm 5, 5.

(**San Juan Pablo II**, Encíclica Dominum et Vivificantem, nº 3-10)

Santos Padres

· San Juan Crisóstomo

Recibid el Espíritu Santo

Perennemente necesitamos de las obras y no de la ostentación de las palabras. A cualquiera le es fácil hablar y prometer, pero no lo es igualmente el obrar. ¿Por qué me expreso así? Porque hay actualmente muchos que dicen amar y temer a Dios; pero Dios quiere ser amado por las obras. Por esto dijo a sus discípulos: Si me amáis guardaréis mis mandamientos. Como había dicho: Cuanto pidiereis Yo lo haré, para que no creyeran que bastaba con solo pedir, añadió: Si me amáis entonces lo haré. Y como era verosímil que al oírlo decir: Voy a mi Padre, se hubieran conturbado, les advierte: no es amar eso de conturbaros ahora, sino el poner por obra lo que os he dicho.

Yo rogaré a mi Padre y Él os dará otro Paráclito. Palabras son éstas propias de quien se humilla. Suponiendo que, pues aún no lo conocían exactamente, habrían de echar de menos su compañía estando El ausente, y sus palabras y su presencia corporal, y no tendrían ninguna consolación, ¿qué les dice?: Yo rogaré al Padre y Él os dará otro Paráclito; es decir, otro como Yo. Avergüéncense los que padecen la enfermedad del error de Sabelio y no sienten correctamente acerca del Espíritu Santo. Es cosa de maravillarse cómo en este discurso el Señor de un golpe echa por tierra todas las herejías opuestas al dogma. Cuando dice Cristo otro, indica la distinción de persona; y cuando dice Paráclito, indica la consubstancialidad.

Más ¿por qué dice: Yo rogaré al Padre? Porque si hubiera dicho: Yo lo enviaré, no le habrían dado tanto crédito. Pero ahora su empeño es que ellos crean en el Espíritu Santo. Les asegura que después se lo enviará. Recibid el Espíritu Santo*1. Aquí dice que rogará al Padre, con el objeto de que ellos creyeran y confiaran en sus palabras. Juan, refiriéndose al Espíritu Santo que Cristo enviaría, dice de Jesús: De cuya plenitud todos recibimos*2. Ahora bien: lo que ya de suyo tenía Cristo ¿cómo lo iba a recibir de otro? Dice el Bautista: Él os bautizará en el

Espíritu Santo y en fuego*3. Por otra parte, ¿qué habría tenido de más que los apóstoles si hubiera necesitado suplicar al Padre que diera el Espíritu Santo a otros, cuando los apóstoles con frecuencia aparecen obrando lo mismo sin ruegos previos? Además, si mediante las preces es como el Espíritu Santo es enviado por el Padre, ¿cómo es que El de por sí vuela y se posa? ¿Cómo es enviado por otro el que está presente en todas partes? ¿El que da sus dones a cada uno según quiere? ¿El que autoritativamente dice: Separadme a Pablo y Bernabé?*4

Pablo y Bernabé ya se ocupaban en el ministerio de Dios; y, sin embargo, con propia autoridad el Espíritu Santo los llama a una empresa suya, no para encargarles una obra distinta de las que ya ejercitaban, sino para demostrar El su autoridad. Preguntarás: entonces ¿qué significa: Yo rogaré al Padre? Es para indicarles que ya ha llegado el tiempo de la venida del Espíritu Santo. Pues una vez que el sacrificio de la cruz los purificó, vino a ellos el Espíritu Santo. ¿Por qué no vino mientras con ellos estaba Jesús? Porque aún no se había consumado el sacrificio. Pero una vez borrado el pecado, y lanzados ellos a los peligros y estando preparándose para la batalla, fue conveniente enviarles quien los ungiera para el certamen. ¿Por qué no vino el Espíritu Santo inmediatamente después de la resurrección? Para que inflamados ellos con mayores deseos, lo recibieran con más agradecimiento. Pues mientras estaba Cristo con ellos no sentían aflicción; pero una vez que se apartó, despojados de su presencia y puestos en graves temores, recibieronlo con gran anhelo. Él se queda con vosotros. Es decir que no se os apartará ni aun después de la muerte. Y para que al oír hablar del Paráclito no pensarán en una nueva encarnación, ni esperaran verlo con los ojos corporales, deshaciendo semejante opinión, les dice: Al cual el mundo no puede recibir, porque no lo puede ver. Como si les dijera: El Paráclito no convivirá con vosotros como Yo, sino que habitará en vuestra alma. Esto quiere decir: Se queda con vosotros. Y aludiendo a las figuras del Antiguo Testamento lo llama Espíritu de verdad.

Y estará en vosotros. ¿Qué significa: Estará en vosotros? Lo mismo que dice Jesús: Yo estaré con vosotros*5. Pero además deja entender otra cosa: no padecerá lo que he padecido, ni se apartará. Al cual el mundo no puede recibir porque no lo ve. ¿Cómo es esto? ¿Acaso el Espíritu Santo será una cosa visible? De ninguna manera. Lo que entiende aquí es el conocimiento, porque añade: Y no lo conoce. Suele la Escritura llamar visión al conocimiento perfecto. Por ser la visión mediante los sentidos clarísima, indica por semejante visión el conocimiento perfecto. Llama aquí mundo a los perversos; y por aquí consuela a los discípulos, puesto que les trae un

don eximio. Advierte cuánto ensalza la grandeza del don. Afirma ser otro como Él. Añade luego que no los abandonará. Continúa diciendo que vendrá solo a vosotros como vine yo; y finalmente: En vosotros permanece.

Sin embargo, ni con todo esto los libró del temor, porque aún buscaban su compañía y estar con Él. Para remediar esto les dice: Tampoco Yo os dejaré huérfanos: vuelvo a vosotros. Como si les dijera: No temáis, pues no os he dicho que os enviaré otro Paráclito porque os vaya a dejar solos hasta el fin. No he dicho: Permanece en nosotros, como si Yo nunca más os hubiera de ver. Yo también vuelvo a vosotros. No os dejaré huérfanos. Como al principio los llamó hijitos, ahora les dice: No os dejaré huérfanos.

Antes les dijo: A donde Yo voy vendréis; y: En la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Pero ahora, como el tiempo va a ser largo, les da el Espíritu Santo. Más como no recibieran suficiente consuelo con lo que les decía, porque no lo entendían, añade: No os dejaré huérfanos, que era sobre todo lo que ellos anhelaban. Mas como eso de: Vuelvo a vosotros significaba presencia, con el objeto de que no buscaran una presencia corporal como hasta entonces, advierte tú cómo no se lo dijo con entera claridad, sino oscuramente, de manera que solamente lo dejó entender.

Porque habiéndoles dicho: Un poquito aún y el mundo ya no me verá más, luego continuó: Pero vosotros me volveréis a ver. Como si les dijera: Volveré a vosotros, pero ya no como antes, para conversar diariamente. Y para que no dijeran: ¿Cómo es pues que dijiste a los judíos: Ya no me veréis más? les resuelve la dificultad diciendo: A vosotros únicamente. Porque así es también el Espíritu Santo. Porque Yo sigo viviendo y vosotros viviréis. La cruz no nos separará para siempre, sino que sólo me ocultará por brevísimo lapso. Pienso yo que en esto alude no sólo a la vida presente, sino también a la futura.

En aquel día conoceréis que Yo estoy en mi Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros. En mi Padre por la consubstancialidad; en vosotros por la concordia y el auxilio divino que os daré.

Pero yo pregunto: ¿cómo es esto? ¿En qué forma pueden concertarse cosas tan contrarias? Porque la distancia entre Cristo y los discípulos es grande; o mejor dicho, es infinita. No te espantes aun cuando sean las mismísimas palabras; pues suele la Escritura usar en diversos sentidos las mismas palabras que se dicen de Dios y de los hombres. Así somos llamados hijos de Dios; pero esa expresión no tiene la misma fuerza y significado cuando se aplica a nosotros y cuando se aplica a Dios. El

Hijo es llamado Imagen y gloria del Padre, lo mismo que nosotros; y sin embargo, la diferencia es mucha. También se dice: Vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios*6. Pero Cristo no es de Dios como nosotros somos de Cristo. ¿Qué significa, pues, la expresión? Es como si les dijera: Una vez que Yo haya resucitado, conoceréis que no estoy separado del Padre, sino que tengo su mismo poder; y que permanezco perpetuamente con vosotros, pues los hechos mismos estarán clamando el auxilio que os habré dado, así por los enemigos que habréis vencido, como por vuestra confianza en el proceder, la remoción de las dificultades y molestias, el florecimiento diario de la predicación y la obediencia de todos a las piadosas enseñanzas.

Como me ha enviado el Padre, también Yo os envío a vosotros*7. ¿Observas cómo tampoco aquí la misma proposición tiene el mismo sentido? Si la tomamos en el mismo sentido, en nada diferirían Cristo y los apóstoles. Más ¿por qué dice: Entonces conoceréis? Porque entonces fue cuando vieron que había resucitado y conversaba con ellos. Entonces aprendieron la verdadera fe. Pues era grande la fuerza del Espíritu Santo que les enseñaba todo. Quien tiene mis mandamientos y los guarda, éste es el que me ama. Porque no basta con tenerlos sino que se requiere su exacto cumplimiento. ¿Por qué les repite esto con frecuencia, como cuando les dice: Si me amáis guardad mis mandamientos; y ahora: Quien tiene mis mandamientos y los guarda; y: Si alguno me ama, guardará mis enseñanzas; el que no me ama no guarda mis enseñanzas? Y pienso que lo hace a causa de la tristeza que sentían.

Como había hablado largamente acerca de la muerte diciendo: El que aborrece su vida en este mundo la guarda para la vida eterna; y también: Si alguno no toma su cruz y me sigue no es digno de Mí; y todavía iba a añadir otras cosas más sobre lo mismo, reprendiéndolos les dice: ¿Pensáis que vuestra tristeza nace de amor? Pues bien: precisamente sería indicio de amor el no entristecerse. Y como quiere lograr que no se entristezcan, en lo que sigue les repite lo mismo: Si me amarais os gozaríais de que voy al Padre. Ahora en cambio esa tristeza os nace de miedo. Tener temor así de la muerte, no es propio de quienes recuerdan mis mandamientos. Si de verdad me amarais, lo propio sería que fuerais crucificados. Porque Yo os he exhortado a no temer a quienes matan el cuerpo. A éstos es a los que ama el Padre y también Yo los amo.

*1- Jn 20, 22

*2- Jn 1, 26

*3- Lc 3, 16

*4- Hch 13, 2

*5- Mt 28, 20

*6- 1 Co 3, 23

*7- Jn 20, 21

[Volver Santos Padres](#)

Inicio

Aplicación

- P. José A. Marcone, I.V.E.
- San Juan Pablo II
- San Juan Pablo II
- P. Gustavo Pascual, I.V.E.

P. José A. Marcone, I.V.E.

Jesús promete el envío de otro Paráclito

(Jn 14,15-21)

Introducción

La Iglesia ha elegido este evangelio como preparación a la gran culminación de la Pascua: la venida del Espíritu Santo en Pentecostés*1. La razón fundamental de esta elección está en el hecho de que en el evangelio de hoy se encuentra la primera de las cinco promesas que Jesús hace del Espíritu Santo durante el discurso de

despedida de la Última Cena*2.

La sección de Jn 14,15-24, dentro de la cual está nuestro evangelio de hoy, presenta la misma argumentación para explicar cuál es la causa de que habiten en nuestra alma el Espíritu, el Hijo y el Padre: la observancia de los mandamientos. Si observamos los mandamientos el Espíritu habitará en nosotros (Jn 14,15-17); si observamos los mandamientos el Hijo habitará en nosotros (Jn 14,18-22); si observamos los mandamientos el Padre habitará en nosotros (Jn 14,23-24)*3. Por lo tanto, el evangelio de hoy incluye las dos primeras partes: la inhabitación del Espíritu y del Hijo por el cumplimiento de los mandamientos.

Jesús promete el Espíritu Santo durante la Última Cena porque está a punto de ser glorificado, es decir, a punto de consumir su pasión, muerte y resurrección. Además, porque acaba de adelantar el sacrificio de la cruz celebrando la primera misa de la historia: la institución de la Eucaristía, sacrificio de Cristo, de cuyo costado brota el Espíritu Santo (cf. Jn 19,34).

1. El significado del término 'Paráclito'

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: "Antes de su Pascua, Jesús anuncia el envío de 'otro Paráclito' (Defensor), el Espíritu Santo. (...) Él estará ahora junto a los discípulos y en ellos (cf. Jn 14,17), para enseñarles (cf. Jn 14,16) y conducirlos 'hasta la verdad completa' (Jn 16,13). El Espíritu Santo es revelado así como otra persona divina con relación a Jesús y al Padre" (CEC, 228).

El nombre que Jesucristo le aplica al Espíritu Santo, el nombre de Paráclito, es un adjetivo verbal (en griego: parákletos) que proviene del verbo pará-kaléo. Pará en griego significa 'al lado de'; y kaléo significa 'llamar'. Por lo tanto, el significado base de parakaléo es 'llamar a alguien al lado de uno'. Este 'llamar a alguien al lado de uno' implica un llamado para que preste algún auxilio, para que preste una ayuda.

De este significado base se desgajan otros múltiples significados que brotan todos del hecho de que una persona es llamada al lado de otra para ejercer una acción en favor de la persona que ha llamado. Por eso dice Vine: “Paráclito se utiliza para todo tipo de llamada a una persona que tiene como objetivo la producción de un efecto determinado, y de ahí adquiere varios diferentes sentidos y matices de significado”.

El primer significado que brota del significado base es ‘consolador’. La consecuencia primera que se sigue del llamar a alguien junto a sí para brindar una ayuda es la consolación. Como sinónimos de Consolador, parákletos también significa: ‘el que conforta’, ‘el que da fuerzas’, ‘el que restaura’.

Por lo tanto, el primer significado de Parákletos es Consolador. Uno de los nombres que los israelitas daban al Mesías era el de Menahem, que significa ‘Consolador’. Y del anciano Simeón dice San Lucas: “Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo” (Lc 2,25). Decir que esperaba ‘la consolación de Israel’ es lo mismo que decir que esperaba al Mesías. Y se pone la consolación en relación con el Espíritu Santo.

En Mt 5,5 se dice: “Bienaventurados los que lloran porque serán consolados”. Esta consolación de los que lloran sus propios pecados y los pecados del mundo es obra del Consolador, el Espíritu Santo.

El segundo significado que brota del adjetivo verbal parákletos como proveniente del verbo parakaléo es el de aquel que está junto al que lo ha llamado como un custodio o defensor delante del que lo acusa o ataca. Por eso dice Vine: “Se usaba en las cortes de justicia para denotar a un asistente legal, un defensor, un abogado; de ahí, generalmente, el que aboga por la causa de otro, un intercesor, un abogado”⁴. Y otro diccionario dice de parákletos: “Llamado en ayuda; abogado judicial; intercesor, patrono; ayudador, consolador”⁵.

La palabra griega parákletos tiene su correspondencia exacta en latín en el término

ad-vocatus, que también significa 'alguien que es llamado' (vocatus) 'al lado de otro' (ad)*6. Sólo que en latín ha conservado solamente el matiz de defensor, lo cual se puede ver con evidencia en el hecho que el término castellano 'abogado' proviene del término latino ad-vocatus.

En este sentido se lo usa en 1Jn 2,1 aplicado a Cristo: "Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos un Paráclito (parákletos = defensor, abogado) ante el Padre: a Jesucristo, el Justo". Jesús es el que nos defiende delante del Padre si nos arrepentimos de nuestros pecados. En este sentido tanto Jesús como el Espíritu Santo son paráclitos, es decir, defensores judiciales con plenos derechos para defendernos delante del eterno acusador, el diablo, que siempre nos acusará de nuestros pecados, aun cuando nos hayamos arrepentido y hayamos recibido la absolución. Por eso dice el Apocalipsis: "Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: 'Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios'" (Apoc 12,10).

En realidad, los significados de consolación y defensa están muy unidos entre sí, porque la defensa es ya una consolación. Por lo tanto, parákletos siempre guarda en sí los dos significados y ambos matices. La consolación se ejerce defendiendo, y la defensa es ya una consolación.

Hay un tercer significado de parákletos. Si, como habíamos dicho, parákletos es el que viene al lado de alguien para ayudarlo, este hecho de estar al lado de alguien puede interpretarse como estando entre esa persona y otro, y así tenemos el significado de defensa. Pero si consideramos que está al lado de alguien vuelto hacia ese alguien, entonces el auxilio que presta es el de exhortar, en el sentido de estimular con las palabras. Por eso, el tercer significado de parákletos es el de exhortador*7. Se trata de una exhortación que estimula, que anima. En este sentido, parákletos es el que insiste, alienta, infunde ánimos.

El cuarto y último significado de parákletos es 'el que ruega', 'el que suplica'. Este significado también tiene su raíz en el estar al lado del otro. Sobre todo, el verbo parakaléo se usa muchísimas veces en el NT como acción de rogar, suplicar*8.

Por lo tanto, el Espíritu Santo, el Paráclito que Jesús enviará en Pentecostés es el Consolador, el Defensor, el Abogado, el Exhortador y el Suplicante. Todo esto es para nosotros el Espíritu Santo que recibiremos dentro de dos domingos.

2. El modo de prepararse para recibir la consolación del Espíritu Santo

De un discípulo de la primera Iglesia se hace la siguiente alabanza: "José (fue) llamado por los Apóstoles Bernabé, que significa hijo de la consolación (paráklesis)" (Hech 4,36). Todos y cada uno de nosotros está llamado a llevar por nombre Bernabé; cada bautizado debería poder llamarse con justicia Bernabé = el hijo de la consolación. Y esto por una docilidad tan grande al Espíritu Santo que lo llene de consolación.

El primer y mejor modo de llegar a ser otro Bernabé es a través de la participación fructuosa de la Santa Misa. El Espíritu Santo está en la misma génesis de la Eucaristía. En efecto, dice Benedicto XVI: "En este horizonte se comprende el papel decisivo del Espíritu Santo en la Celebración eucarística y, en particular, en lo que se refiere a la transustanciación. Todo ello está bien documentado en los Padres de la Iglesia. San Cirilo de Jerusalén, en sus Catequesis, recuerda que nosotros «invocamos a Dios misericordioso para que mande su Santo Espíritu sobre las ofrendas que están ante nosotros, para que Él transforme el pan en cuerpo de Cristo y el vino en sangre de Cristo. Lo que toca el Espíritu Santo es santificado y transformado totalmente». (...) Es muy necesario para la vida espiritual de los fieles que tomen conciencia más claramente de la riqueza de la anáfora: junto con las palabras pronunciadas por Cristo en la última Cena, contiene la epiclesis, como invocación al Padre para que haga descender el don del Espíritu a fin de que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y para que toda la

comunidad sea cada vez más cuerpo de Cristo. El Espíritu, que invoca el celebrante sobre los dones del pan y el vino puestos sobre el altar, es el mismo que reúne a los fieles en un sólo cuerpo, haciendo de ellos una oferta espiritual agradable al Padre”*9.

Si del costado abierto de Jesús salió sangre y agua (Jn 19,34) siendo el agua el símbolo del Espíritu Santo donado a la Iglesia, también en el Santo Sacrificio de la Misa está el costado abierto de Jesús vertiendo esa misma agua, que es el Espíritu Santo. En el momento de la consagración, todo fiel que se une espiritualmente al sacrificio de Cristo recibe como un don el Espíritu Santo.

La comunión del Cuerpo de Cristo también nos da al Espíritu Santo. Dice San Juan Pablo II: “El don de Cristo y de su Espíritu que recibimos en la comunión eucarística colma con sobrada plenitud los anhelos de unidad fraterna que alberga el corazón humano”*10. Si el costado de Cristo se abre en la consagración para darnos al Espíritu, en la comunión es el momento en que aplicamos nuestra boca a dicho costado para beber efectivamente de ese Espíritu: “Todos hemos bebido del mismo Espíritu” (1Cor 12,13).

El segundo modo para recibir la consolación del Espíritu Santo y poder ser llamados Bernabé, hijos de la consolación, es la lectura asidua, atenta y orante de la Sagrada Escritura. Dice San Pablo: “Todo cuanto fue escrito en el pasado, se escribió para que, con el consuelo (paráklesis) que dan las Escrituras, mantengamos la esperanza” (Rm 15,4). También durante la Santa Misa tenemos la posibilidad de alimentarnos con el pan de la palabra a través de tres lecturas bíblicas y la homilía del sacerdote. A través de la escucha atenta de la Palabra de Dios llega a nosotros la consolación del Paráclito. Y mucho más si de una manera sistemática y habitual leemos la Biblia con espíritu de oración.

El tercer modo de recibir la consolación del Espíritu Santo es, quizá, el más obvio de todos: pedirla a Dios. “La forma tradicional para pedir el Espíritu es invocar al Padre por medio de Cristo nuestro Señor para que nos dé el Espíritu Consolador (cf. Lc

11,13). Jesús insiste en esta petición en su Nombre en el momento mismo en que promete el don del Espíritu de Verdad (cf. Jn 14,17; 15,26; 16,13). Pero la oración más sencilla y la más directa es también la más tradicional: "Ven, Espíritu Santo", y cada tradición litúrgica la ha desarrollado en antífonas e himnos" (CEC, 2671).

Esta petición debe hacerse con gran confianza de que realmente se va a recibir al Espíritu Santo, como un niño confía en la bondad de su Padre. Lo dice explícitamente N. S. Jesucristo: "¿Qué padre de entre vosotros, si su hijo le pide un pan, le dará una piedra? ¿Y si le pide un pez, le dará en lugar de un pez una serpiente? O si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo piden?" (Lc 11,11-13).

La secuencia de Pentecostés es uno de los modos más hermosos de pedir el Espíritu Santo: "Ven Espíritu Santo trayendo desde el cielo un rayo de tu luz / Ven, Padre de los pobres, ven dador de los bienes, ven de las almas luz".

Conclusión

El recibir la consolación del Espíritu Santo implica una responsabilidad, porque si somos consolados por el Espíritu Santo es para que, a nuestra vez, consolemos a los demás. Así como el Espíritu Santo es Paráclito para nosotros, nosotros debemos ser 'paráclitos' con los demás. Debemos ser consoladores de los demás, debemos ser defensores de los demás ante las críticas farisaicas por los pecados del prójimo, debemos exhortar a los demás para que tengan ánimo para seguir en el Camino del Evangelio y debemos suplicar y rogar a Dios por todo el mundo.

Al menos dos veces lo dice San Pablo: "¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación (paráklisis), que nos consuela (parakaléo) en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar (parakaléo) a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo (paráklisis) con que nosotros somos consolados (parakaléo) por Dios!" (2Cor 1,3-4).

Y también: “Consolaos (parakaléo) mutuamente y edificaos uno al otro” (1Tes 5,11). Esta frase se podía traducir: “Sed paráclitos los unos de los otros”. Si la consolación que recibimos del Espíritu no pasa de nosotros a los demás, si queremos retenerla egoístamente para nosotros, pronto se corrompe. De ahí el porqué de una bella oración atribuida a San Francisco de Asís, que dice: “Que no busque tanto ser consolado como consolar, ser comprendido como comprender, ser amado como amar...”.

*1- Cf. Congregación para el Culto Divino, Directorio Homilético, año 2014, nº 55.

*2- Las otras cuatro son: Jn 14,26; 15,26; 16,7-8; 16,13.

*3- Cf. Brown, R., *Il Vangelo e le lettere di Giovanni*. Breve comentario, Editrice Queriniana, Brescia, 1994, p. 106.

*4- Cf. Multiléxico, nº 3875.

*5- Schenkl, F. – Brunetti, F., *Dizionario Greco – Italiano – Greco*, Fratelli Melita Editori, La Spezia, 1990, p. 661.

*6- “Jesús, cuando anuncia y promete la Venida del Espíritu Santo, le llama el “Paráclito”, literalmente “aquel que es llamado junto a uno”, “advocatus” (Jn 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7)” (CEC, 692)

*7- El sustantivo paráklesis se usa muchas veces en el NT como ‘exhortación’: 1Cor 14,3; 2Cor 8,17; Filp 2,1; 1Tes 2,3; 1Tit 4,13; Heb 6,18; Heb 12,5; Heb 13,22.

*8- Por ejemplo: 2Cor 9,5; 2Cor 12,8; 2Cor 12,18; Flm 1,9-10.

*9- Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Post-sinodal *Sacramentum Caritatis*, sobre la Eucaristía, año 2007, nº 13.

Respecto a esto dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “La epiclesis (“invocación sobre”) es la intercesión mediante la cual el sacerdote suplica al Padre que envíe el Espíritu santificador para que las ofrendas se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y para que los fieles, al recibirlos, se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios. Junto con la Anámnesis, la Epiclesis es el centro de toda celebración sacramental, y muy particularmente de la Eucaristía: ‘Preguntas cómo el pan se

convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino...en Sangre de Cristo. Te respondo: el Espíritu Santo irrumpe y realiza aquello que sobrepasa toda palabra y todo pensamiento...Que te baste oír que es por la acción del Espíritu Santo, de igual modo que gracias a la Santísima Virgen y al mismo Espíritu, el Señor, por sí mismo y en sí mismo, asumió la carne humana' (S. Juan Damasceno, f.o., IV, 13)" (CEC, 1105 – 1106).

*10- San Juan Pablo II, Encíclica Ecclesia De Eucharistia, sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia, Jueves Santo del año 2003, nº 24.

Volver Aplicación

San Juan Pablo II

1. "Queridos hermanos, glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere" (1 P 3, 15).

2. Amadísimos hermanos y hermanas, permitidme que, en el marco de esta solemne y festiva celebración eucarística, dirija a vuestra amada comunidad tres palabras importantes, tomándolas de las lecturas bíblicas recién proclamadas.

La primera es: "¡escucha!". La encontramos en el vivo relato del libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se narra que "el gentío escuchaba con aprobación lo que decía Felipe, porque había oído hablar de los signos que hacía y los estaba viendo" (Hch 8, 6). La escucha del testigo de Jesús, que habla de él con amor y entusiasmo, produce, como fruto inmediato, la alegría. San Lucas observa: "La ciudad se llenó de alegría" (Hch 8, 8).

Comunidad cristiana de Ischia, si quieres experimentar también tú esta alegría, ¡permanece a la escucha de la palabra de Dios! Así cumplirás tu misión, caminando

bajo la acción del Espíritu Santo. Difundirás el evangelio de la alegría y de la paz, permaneciendo unida a tu obispo y a los sacerdotes, sus primeros colaboradores.

Como sucedió con la comunidad de Samaría, de la que habla la primera lectura, también descenderá sobre ti la efusión abundante del Consolador, el cual, como recuerda el concilio Vaticano II, "mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad" (Dei Verbum, 5).

3. Amadísimos hermanos y hermanas, hay una segunda palabra que quisiera dirigiros, y es: "¡acoge!". Vuestra espléndida isla, meta de gran número de visitantes y turistas, conoce bien el valor de la acogida. Por tanto, Ischia puede convertirse también en un laboratorio privilegiado de la típica acogida que los discípulos de Cristo están llamados a ofrecer a todos, sea cual sea el país del que procedan y sea cual sea la cultura a la que pertenezcan. Sólo quien ha abierto su corazón a Cristo es capaz de ofrecer una acogida nunca formal y superficial, sino caracterizada por la "mansedumbre" y el "respeto" (cf. 1 P 3, 15).

La fe acompañada por obras buenas es contagiosa y se irradia, porque hace visible y comunica el amor de Dios. Tended a vivir este estilo de vida, escuchando las palabras del apóstol san Pedro, que acabamos de proclamar en la segunda lectura (cf. 1 P 3, 15). Exhorta a los creyentes a estar siempre prontos "para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere". Y añade: "Mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal" (1 P 3, 17).

4. ¡Cuánta sabiduría humana y cuánta riqueza espiritual en estos consejos ascéticos y pastorales, sencillos pero fundamentales! Estos consejos nos llevan a la tercera palabra que quisiera dirigiros: "¡ama!". La escucha y la acogida abren el corazón al amor. El pasaje del evangelio de san Juan que acabamos de leer nos ayuda a comprender mejor esta misteriosa realidad. Nos muestra que el amor es la plena realización de la vocación de la persona según el designio de Dios. Este amor es el gran don de Jesús, que nos hace verdadera y plenamente hombres. "El que acepta

mis mandamientos y los guarda -dice el Señor-, ese me ama. Al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él" (Jn 14, 21).

Cuando nos sentimos amados, nos resulta más fácil amar. Cuando experimentamos el amor de Dios, estamos más dispuestos a seguir a Aquel que amó a sus discípulos "hasta el extremo" (Jn 13, 1), es decir, hasta la entrega total de sí mismo.

La humanidad necesita hoy, tal vez más que nunca, este amor, porque sólo el amor es creíble. La fe inquebrantable en este amor inspira en los discípulos de Jesús de todas las épocas pensamientos de paz, abriendo horizontes de perdón y concordia. Ciertamente, esto es imposible según la lógica del mundo, pero todo resulta posible para quien se deja transformar por la gracia del Espíritu de Cristo, derramada con el bautismo en nuestro corazón (cf. Rm 5, 5).

5. Iglesia que vives en Ischia, sé dócil y obediente a la palabra de Dios y serás laboratorio de paz y de auténtico amor. Así llegarás a ser una Iglesia cada vez más acogedora, donde todos se sientan como en su casa. Los que vengan a visitarte saldrán fortalecidos en el cuerpo, pero aún más robustecidos en el espíritu.

Bajo la guía iluminada y prudente de tu pastor, sé una comunidad que sepa escuchar, una tierra dispuesta a acoger, y una familia que se esfuerce por amar a todos en Cristo.

Te encomiendo a la Virgen María, Madre del Amor hermoso, para que te ayude a hacer que resplandezca tu identidad de Iglesia de Cristo, de Iglesia del amor.

Amadísima Iglesia que vives en Ischia, el soplo del Espíritu de Cristo te impulsa hacia los horizontes ilimitados de la santidad. No temas. Al contrario, rema mar adentro con confianza. Avanza siempre con confianza.

¡Alabado sea Jesucristo!

San Juan Pablo II

La Iglesia adora hoy a Dios con el Salmo responsorial de su liturgia, y en este Salmo se refleja la profunda alegría del tiempo pascual.

La obra de Dios: la obra admirable que ha realizado en medio de los hombres. La ha realizado en Jesucristo, crucificado y resucitado. Dios la ha realizado por medio de Él, que se hizo obediente hasta la muerte de cruz (cfr. Fil 2,8), y con esta obediencia nacida del amor hacia el Padre y hacia los hombres venció la muerte y reveló la vida en toda su definitiva verdad y realidad.

Esta obra fue realizada por Dios y por Cristo Señor ante los ojos de los testigos. Y es precisamente su voz, juntamente con el grito del Salmo, la que nos invita a todos a venir y ver la obra de la resurrección y la redención. Toda la tierra y toda la creación narran de un modo nuevo la gloria de Dios: también la tierra y las criaturas participan de la resurrección de Cristo.

La Iglesia es portavoz y servidora de esta gloria. Es “salmista” de las cosas admirables que Dios ha hecho entre los hombres. Y simultáneamente la Iglesia, en este domingo pascual, lee con atención los Hechos de los Apóstoles para recordar, una vez más, cómo la resurrección de Cristo produjo los primeros efectos en medio de los hombres.

Mirad, leemos que el diácono Felipe predicó a Cristo en Samaria, confirmando con signos la verdad de la enseñanza anunciada. Y de este modo Samaria recibió la palabra de Dios. Siguiendo a Felipe se encaminaron a esa ciudad los Apóstoles Pedro y Juan, para imponer las manos, en nombre del Señor Jesús, sobre los

bautizados y sobre los que recibían el Espíritu Santo (cfr. Hch 8,5-8).

Este domingo, la Iglesia, llena de alegría pascual, preparándose a la Ascensión del Señor, vive al mismo tiempo, la promesa de otro Defensor: el Espíritu de la verdad (Jn 14,16-17).

Cristo Señor, al prometer, la víspera de la pasión, el Espíritu Santo que sería enviado, dice a los Apóstoles: “No os dejaré desamparados, volveré” (Jn 14,18).

Lo mismo que cada año, nos preparamos para Pentecostés. En esta preparación se encierra la alegría de una nueva venida de Cristo mismo. Él, resucitado y glorificado, permaneciendo en el Padre, viene, al mismo tiempo, a nosotros en el Espíritu Santo, en el Consolador, en el Espíritu de la verdad.

Y en esta nueva venida suya se revela nuestra unión con el Padre: “Sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros” (Jn 14,20). La Iglesia hoy se ve a sí misma como el pueblo de Dios unido al Padre en Jesús mediante la fuerza del Espíritu Santo.

Y la Iglesia se alegra con esta verdad, con esta realidad. La Iglesia encuentra en ella, siempre de nuevo, la fuente inagotable de su misión y de su aspiración a la santidad.

La misión de la Iglesia, su aspiración a la santidad, se realiza mediante el amor.

Cristo dice en el Evangelio de hoy: (Jn 14,21) “El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama: al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él”.

Así pues, el amor nos introduce en el más profundo conocimiento de Jesucristo. El amor abre ante el corazón humano el misterio de esta unión con el Padre en Cristo mediante la fuerza del Espíritu Santo, que actúa en nosotros.

Y por esto, el amor es el mandamiento mayor del Evangelio. En él se cumplen todos los mandamientos y consejos. Es “el vínculo de la perfección” (Col 3,14).

“Aclamad al Señor, tierra entera”.

Mirad lo que dice el Apóstol en su primera Carta, de la que está tomada la segunda lectura de la liturgia de hoy: “Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiera ...” (1 Pe 3,15).

Hay una primera invitación: una fe lúcida, consciente, valiente. Esta fe nos pide Cristo crucificado y resucitado, también en nuestros tiempos. De ella toma origen asimismo toda la esperanza cristiana.

Y ved luego las ulteriores palabras del Apóstol: “Pero con mansedumbre y respeto y en buena conciencia... Que mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal” (1 Pe 3,16-17).

La segunda invitación: ¡Que la fe brote de las obras! ¡Que la fe forma las conciencias! Cristo crucificado y resucitado es la “medida” más perfecta de nuestra conducta.

(Homilía en Viterbo, 27 de mayo 1984)

[Volver Aplicación](#)

P. Gustavo Pascual, I.V.E.

El Espíritu nos ayuda a cumplir los mandamientos

Jn 14, 15-21

Cuando uno ama a una persona quiere complacerla en todo. Lo que ella quiere uno quiere dárselo. Sucede que en el amor humano, muchas veces, lo que quiere uno de los amantes es un capricho y algo malo. Si el otro se lo concede se rompe el verdadero amor. Se podría decir que se vicia el verdadero amor en el momento en que uno de los amantes pide al otro algo malo.

No sucede esto en nuestro amor con Jesús. Jesús siempre nos va a pedir cosas buenas y además lo que nos pide es bueno para nosotros. “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos”, “el que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama”.

Cuando nosotros escuchamos “mandamientos” pensamos en un montón de normas morales que da la Iglesia para cumplir. Todos ellos se encierran en el cumplimiento de los diez mandamientos y los diez mandamientos en el mandamiento nuevo del amor a Dios y al prójimo y en definitiva en el amor al prójimo.

Los mandamientos no son obstáculo a la libertad de los hijos de Dios como comúnmente se cree porque su formulación comienza con un “no”. Los mandamientos son como los andadores que enseñan al niño pequeño a caminar o como los carteles indicadores en las carreteras que indican al viajero por donde debe transitar con seguridad. Cuando el niño aprende a caminar deja los andadores, cuando el viajero conoce el camino ya no necesita señalizaciones. El cristiano cuando aprende el verdadero amor no necesita los mandamientos porque el amor no hace nada malo. El amor nos hace plenamente libres. Nos da la libertad de los hijos de Dios: “ama y haz lo que quieras”.

“Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor”. Decíamos antes que demostrábamos el amor a Jesús guardando sus mandamientos. Pero también, si guardamos sus mandamientos nos aseguramos la permanencia en su amor. El cumplimiento de los mandamientos es el resguardo del amor de Jesús en nosotros.

Jesús nos ha amado revelándonos lo más íntimo de su corazón: “todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” y dando su vida por nosotros: “nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos”.

¿Cómo corresponderé al amor de Jesús?

Permaneciendo en su amor. Y permanezco en su amor cumpliendo sus mandamientos.

La amistad con Jesús no la buscamos, se da, es un don. Es un don del mismo Jesús. Él nos elige para ser sus amigos y de su amistad se siguen copiosos frutos: frutos perdurables, gozo pleno, peticiones infalibles.

Toda verdadera amistad se funda en el amor y el amor para ser verdadero tiene dos notas: la primera es que está más en las obras que en las palabras. La segunda es que implica comunicación de bienes, es decir, que el amante dé al amado de lo que tiene y puede y lo mismo el amado al amante.

Digámosle hoy al Señor: Señor ¿qué quieres que haga? Todo lo que soy y

tengo te lo doy. Dame tu gracia que eso me basta.

Si somos amigos de Jesús también tenemos que ser amigos con los demás cristianos y amarlos como al mismo Jesús. Esto también lo manda el Señor y esto demuestra cuanto lo amamos a Él, porque en nuestros hermanos amamos a Jesús: “éste es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado”. Este amor mutuo es un testimonio cristiano para el mundo: “en esto conocerán todos que sois discípulos míos”.

Y le dábamos todo a Jesús en la oración que hacíamos anteriormente a cambio de su gracia y Jesús nos promete enviarnos su Gracia que es el Espíritu Santo, que Él lo llama “Paráclito”, es decir Consolador y “Espíritu de la Verdad” para que esté con los cristianos para siempre y los libre del error y de las seducciones del mundo. Es este Espíritu, el Espíritu de Jesús, el que los ayudará en el cumplimiento de los mandamientos y en la perseverancia en el amor porque es el Amor sustancial entre el Padre y el Hijo.

El cumplimiento de los mandamientos que nos lleva al amor de los hijos de Dios crea una comunión indisoluble con el Hijo y con el Padre.

Jesús nos da su gracia que es el Espíritu Santo y nosotros le damos todo... pero principalmente debemos darle lo más nuestro, lo más íntimo como Él nos lo dio.

Decíamos al comienzo que Jesús nos reveló lo más íntimo de su corazón. Así nosotros démosle lo más íntimo de nuestro corazón para que el Espíritu Santo lo transforme.

Esta transformación se hará por la obediencia a sus mandamientos, a través del sufrimiento educador imitando a Jesús. Así la ley de Dios quedará escrita en nuestro corazón y el Espíritu hará en nosotros un corazón nuevo como el corazón de Jesús. Un corazón colmado del Espíritu Santo que nos hará hombres espirituales que viven plenamente la ley del amor.

*1- Cf. Mc 12, 28-34

*2- Cf. 1 Co 13.

*3- San Agustín, Exposición de la Epístola de Juan a los Partos, Tratado VII, 8, O.C., t. XVIII (último), BAC Madrid 1959, 304

- *4- Jn 15, 10.
- *5- Jn 15, 15
- *6- Jn 15, 13
- *7- Cf. Jn 15, 7.11.16
- *8- Jn 15, 12
- *9- Jn 13, 35
- *10- Cf. Hb 5, 8
- *11- Cf. Jr 31, 33
- *12- Cf. Ez 36, 26
- *13- Cf. 1 Co 15, 45-46

[Volver Aplicación](#)

[Inicio](#)

iNFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín
¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos** de la Santa Sede en el **2014**.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

[Volver Información](#)

Inicio